

Cuento

BUSQUEDA

Juan Ortuño Mora / 1er. Premio. Facultad de Derecho

para yola.

sonríe y te aprieta la mano con la que haces los cambios de velocidades, y el ópel parece gruñir cuando trepa por la carretera curvada y pendiente mientras buscas la cinta que te gusta: meditación tenecesitoyahoraqué con el órgano de Juan Torres, para colocarla en el estéreo. Estos viajes del domingo hacia la villa húmeda y nublada, a treinta kilómetros de donde vives, donde tu padre tiene la cabaña, no sabes qué te inspiran. Caminan en el ópel y en cuanto libran la última curva, aparece la villa con sus casas de madera, chozas de zacate y algunas de carrizo: agrupadas tan simétricamente parecen una colonia de palafitos. Bajan del auto y caminan hacia el mercado donde les van a pesar la carne en esas básculas de dos platillos y un fiel estilado, como la que sostiene la mujer de los ojos vendados y la espada. Las ancianas semidesnudas de cabelleras blancas y revueltas, desdentadas, de carnes flácidas que les venden hongos, parece que hubieran sido sacadas de la media luna, de comala, del realismo mágico de Rulfo. El que les vende la carne, un rubio de ojos azules, le cuenta a Silvia que los nativos compran las vísceras de los animales porque les saben a pasto. Los tres se ríen

ves cómo flota la niebla entre los montes y no sabes de dónde viene Silvia con ese morral lleno de naranjas. Atrás un niño la sigue y te dice que es su dueño. Cuando abren la bolsa para vaciarlas, ella se quita el pelo negro de la cara con un ademán que no has encontrado en otra. Se dirigen hacia la cabaña. Tú fumas y guías somnoliento, te miras en el espejo retrovisor. Ella ve en el espejo los gestos que haces para rasurarte, cómo te pasas la palma de la mano sobre la superficie de la piel para palpar su tersura, para advertir si te desencañonaste bien; te devuelve los gestos y se ríe, pero tú no escuchas lo que te dice por el ruido que hace la rasuradora. Te pones el agua de colonia y se te enrojece la piel. Silvia te arroja un beso con la mano, ¿cómo estás muchachito?: trae pantalones negros y un saco de gamuza. Te dice que te apures, que tienen que ir a la villa húmeda, a la colonia de palafitos. Libran la villa y el ópel rueda por la pendiente curvada. Un olor a eucaliptos y resina, a ocote joven se mete por las ventanas del auto. Ella fuma con nerviosismo

* "Búsqueda" está escrito a renglón seguido para dar una noción de la totalidad de la historia. Se emplearon los cortes y la letra cursiva para marcar los planos de espacio y de tiempo. La técnica obedece a una afirmación de Carlos Fuentes: la solución al problema de la literatura contemporánea, reside en contar historias viejas con una técnica nueva. Algo parecido a la tesis que desarrolla Alain Robbe-Grillet en su libro: *Pour un nouveau roman*.



y te habla, pero tú no sabes qué te pasa, a cuántos kilómetros de ahí te encuentras. Recuerdas la calle, la casa, los perros pastor alemán, los muebles los discos: *la melodía termina y la aguja recorre los surcos sobrantes con un ruido molesto. La sala, de colonial mexicano con soleras rojas y paredes burdas cubiertas de cal, está medio iluminada: ¿no te había presentado al perrero?, ¿de veras feto? Todas estudian conmigo, ¿qué garras, verdad? El estampado de su vestido y las medias que tiene puestas le dan un aire de bailarina de watusi: ¿cómo hay gente cínica, eh? Mira al animal que no te quita la vista de encima. ¿Cómo cuál?, la paya de la gorra a la rita tushingham; ¿que no?, mientes mi amor, mientes como un brasier. Ponen el "kirie de la missa luba del congo" y todas se ríen cuando empiezan los tambores y las voces de los negros a soltar su monotonía: mira edipo, la de las gafas y del chongo se llama nidia. ¿Sabes de quién está enamorada?, de josé feliciano, el cantante ciego. ¿Está soñada, no? ¡Me trae mordiendo el pavimento!, pero en estos casos no da dispensa el cura. Silvia se acerca más a ti y te toma la mano con la que haces los cambios de velocidades: ¿qué tienes, Juan?, ¿en quién piensas?, ¡díme! / no, en nada / ¿por qué no quieres darte cuenta de que nada de lo nuestro es como antes, y que no hacemos nada para remediarlo? / no, no sé / con tu manera de ser me causas daño, Juan; me enfermas, me desesperas. A veces soy muy feliz contigo y en otras quisiera dejarte / yo también me siento bien a tu lado, Silvia / pero no es igual: tú me tienes y yo no te tengo, ¿comprendes? / no, no sé. / A lo lejos se mira la cabaña y el olor a eucaliptos arrecia sé cómo piensas: a cien kilómetros y una hora de distancia te recuerdo. Hoy que estoy lejos te extraño. Tú debes estar en la puerta con tus perros, volteando hacia la calle por donde llegaba a verte: ¿busca usted sirvienta?, no consulte la sección amarilla de su directorio telefónico. Vaya usted a las secretarías de estado. Lo sé manelic, yo nunca seré una lady. Camina hacia el ventanal que da a insurgentes; está de espaldas a ti. La luz se filtra por su cabello rojizo y ahora vamos a jugar a montar a la anfitriona, ¿de quién es esa frase, de qué libro eh feto? Camina hacia donde estás tú. Se sienta en el tapete burdo de colores chillantes y apoya la cabeza en tus piernas, volteando el rostro para mirarte de soslayo: coquetéame batracio; avientame los dogs, ¿uí? ¡Nú! Mejor despéiname; viólame. Róbame a las doce de la noche en un caballo negrísimo, con el greñero flotando al viento como en las películas de juanita orol. Se acerca más a ti: ¿oye edipo, no has visto el strip-tis donde el caballo encuera a la mucha-*

cha?, ¿muy bueno eh? Yo te haría un strip-tis, pero tú sabes: la censura, y es que mi espectáculo no es propio para menores de edad. Me cierran el lenocinio y después qué ¡a vender sopes a los hombres que llegan del mar! Mejor bésame, anda, ¿ui? Dale un beso a tu lesbiana. La tomas de las axilas y la besas, y sigues con tus labios la carnosidad de su boca. Cierras los ojos y todo lo dejas al tacto. Ella se levanta. Te quedas solo y dolido; con el deseo a medias y una sensación de desamparo: ¡no edipo, no mi amor, nos vamos a acabar como los cautines con tanto calentón! ¿Busca faje? ¿consulte la sección amarilla de su directorio telefónico! ¿Te enojaste? No seas naïf, batracio. Silvia abre la portezuela y se baja del auto. Afuera, el olor a eucaliptos arrecia. Corre hacia la cabaña y te grita que la alcances
pase joven, dice Silvia que no tarda. Calor de mediodía, soledad, ruido. La tía de Silvia teje y suspira / derecho, revés, derecho / : quién sabe por qué tardará tanto Silvia, joven. Ella abusa de su bondad. Pienso que a usted sí podría obedecerlo. Últimamente no sé qué le pasa, ¿no la ha notado usted como que triste?, ¿verdad que sí? Manos en el vientre, en demanda del hijo que nunca llegó, que hizo que el moisés se pudriera en algún sótano, que a la maternidad de esa mujer que teje le salieran costras y endurecimiento: yo me acuerdo de sus papás de usted; hace más o menos quince años vivimos cerca de donde usted vive. Yo estaba recién casada. Me gustaba subirme a la azotea y veía entrar y salir a sus papás. Su papá tenía un cochecito rojo que sólo sacaba los domingos, ¿verdad? Toma las agujas y sigue tejiendo. Silvia llega y te arroja un beso con la mano, ¿cómo estás muchachito? Viste pantalones negros y un saco de gamuza: yo tampoco me acuerdo de ti y dice mi tía que era a un lado de tu casa. Recuerdo que donde vivíamos había una puerta y una ventana chiquita, que en la ventana me gustaba treparme. Había dos muchachos que me subían en una tabla con patines y me empujaban en una bajada: ¡no eran golpes los que me daba! ¿Nos vamos muchachito?

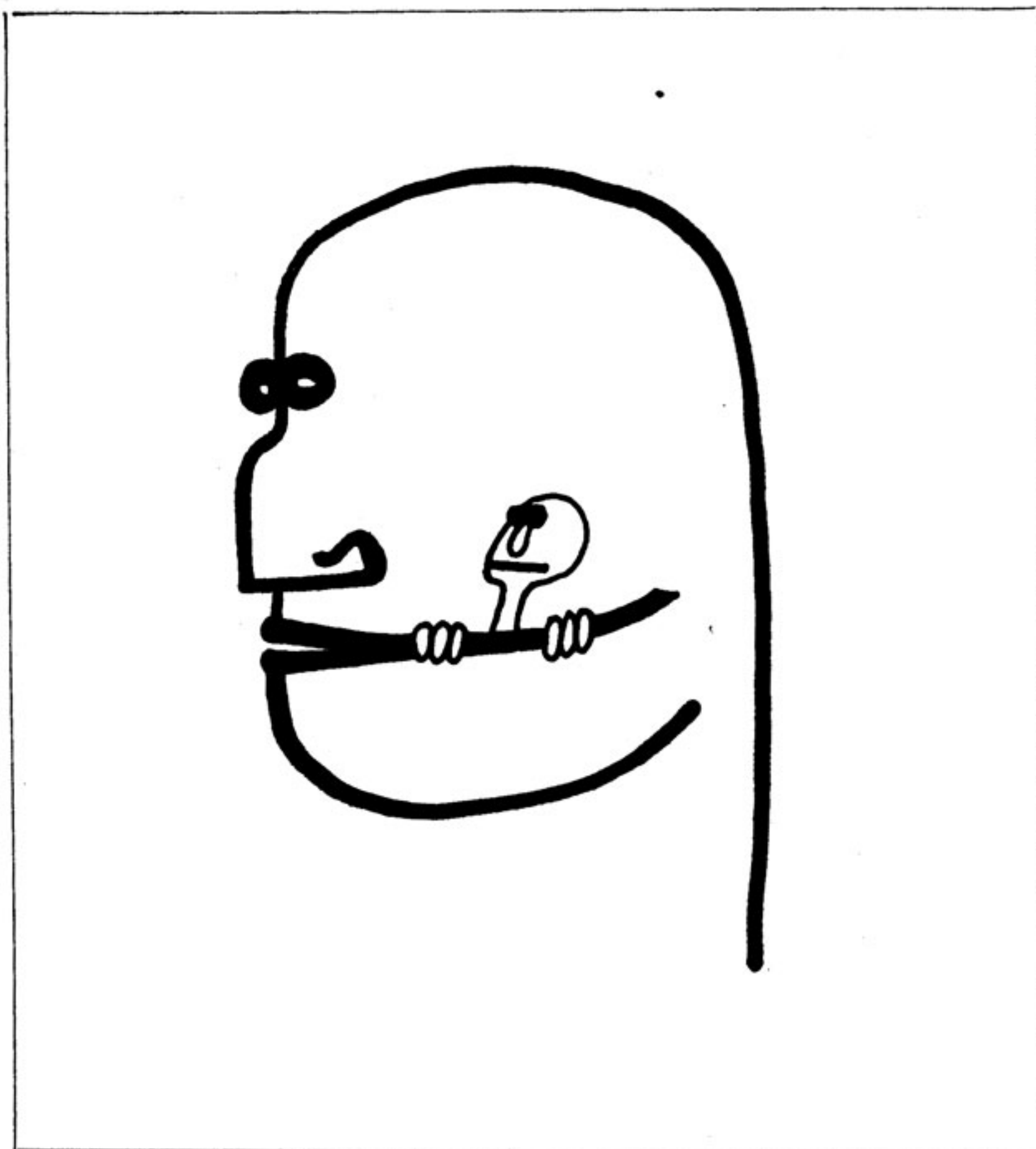
Silvia sonrío y te aprieta la mano con la que haces los cambios de velocidades, y el ópel parece gruñir cuando trepa por la carretera curvada y pendiente mientras buscas la cinta que te gusta, mientras se dirigen a la villa que semeja una colonia de palafitos
corre hacia la cabaña y te grita que la alcances. El olor a eucaliptos arrecia. Entran. Se sienta en la piel de cabra que está abajo del lecho, junta las piernas y las dobla para abarcarlas con los brazos. Echa la cabeza hacia atrás y la apoyo en las duelas de la ventana: mal barnizadas, de corteza áspera y ennegrecida. Observas de cerca las máscaras que cuelgan de las paredes, que parecen coronas de algún tótem o réplicas de brujos oaxaqueños. A veces molesta el olor seboso que se desprende de las pieles que cubren las paredes y de las patas de cabra que sirven de manija a las puertas. Ahora Silvia juega con un cenicero de barro que tiene de base tres cabezas de serpiente emplumada, pero tú no la miras quieres dibujarla recordarla con esa vitalidad que no obstante su físico nunca se agota. Dibujas su cabello flotante desordenado negro; cayéndole en el rostro y el ademán que hace para quitárselo

a esa hora, en que la luz cae de lleno sobre la cabaña y hay que cerrar las cortinas para atenuar su brillo, para lograr un estado de penumbra, Silvia es una figura de porcelana, frágil, tan delgada que amenaza quebrarse; como está arrodillada y con los brazos cruzados sobre el pecho, parece que presenciara un sacrificio humano. Desde donde la ves parece inexistente, cual si fuera una convocación del silencio en que se sumerge la tarde. Parece que sus

movimientos fueran captados en cámara lenta: levanta con indolencia el rostro y cierra los ojos. Sus labios apenas si se mueven; no gesticula pero advierte que quiere hablar, adivinas sus articulaciones. Te acercas a ella y no la tocas, te da miedo pensar, que en su fragilidad puedes arrancarla de raíz. Te habla sin mirarte, como si se dirigiera a otro, al que lejos de ahí cruza una calle, aborda un camión, compra una corbata, le pone sal a una sopa, lleva de la mano a un niño al colegio. Te dice que llegó indefensa, famélica y tarde al amor; que no tiene por qué sonreír si ya no lo siente. Que cuando se siente como en estos días le dan ganas de no haber nacido, que le hubiera gustado ser un pedazo de aborto: ayer caminé despacio del trabajo a casa, y sin querer me vi llorando en la calle. Hay ocasiones en que no sé qué hacer ni a dónde ir; en que me siento tan triste, tan deprimida, que me dan ganas de llorar, deseos de irme lejos, de correr, de burlarme de la vida

se queda indefensa en el centro de la estancia sin ningún mueble al que pueda asirse. Deja de hablar. Te acercas a ella y le tomas las manos. Silvia permanece quieta para recibirte. Por vez primera puedes ver más allá de su mirada, de sus córneas azulosas y de la negritud de sus pupilas: ahí la encuentras a ella, miedosa, triste, indefensa, acurrucada como un niño, esperando que la tomes. Se acerca tanto a ti que su cabello abundante y revuelto, te cubre materialmente el rostro. La miras a través de su cabello y parece que lo hicieras desde una membrana adelgazada y transparente. Su rostro parece petrificado por lo cerca que lo miras, pero sientes su magnetismo, las antenas de su piel. Es como si se encontraran antes de la pareja original, antes de la manzana y del ofidio, del lenguaje y del hombre; como si fueran la pareja prehistórica: los dos sin un pasado, sin recuerdos, valiéndose del gesto y la mirada para comunicarse, del instinto; midiéndose desde los genes, cayendo en la cuenta del deseo. Convocándose en silencio, inventando las caricias. La primera pareja que habita el paraíso perdido: como si al contacto de sus cuerpos, señalaran y nombraran por vez primera sus partes. La tienes en brazos y no parece ella, no la conoces: la sientes temblar y respirar en tu piel. Tibia en la penumbra, enrarecida por el silencio. No es ella la que te besa, la que te habla, la que te dice perdóname muchachito, soy torpe, extraña, pero te quiero mucho. Y cierras los ojos y no le contestas, enmudeces para no decirle que el tiempo mata al amor, que lo diseca, lo deforma, lo pudre, lo momifica, lo corrompe. Cierras los ojos para no decirle muchas cosas: que la distancia enfría al amor que los cambios lo matan, las caricias, la indiferencia, el amor mismo; que todo lo mata. Silvia sube sus pies descalzos sobre tus mocasines. Te abre la camisa y te muerde. Y sientes cómo su carne se va aflojando para recibirte

cuando acaban de hacerse el amor, ella no puede verte a la cara; le da vergüenza. Espera a que cierres los ojos, que simules dormir. Le gusta quedarse abrazada a ti y pensar, reproducir la sensación experimentada. Después empieza a buscarte granitos, a quitarte las espinillas que tienes en la espalda para que protestes y me abrases: pareces dormir pero sé que estás despierto, que tu mente se encuentra lejos de aquí. Debes estar pensando en Marga. Sé que no la has podido olvidar, que te embriagas por ella; que hay días en que no sales de tu casa, que no te rasuras y te quedas en la cama tirado todo el día. Cuando me hablaste yo te dije que podías enamorarte de todas menos de mí; reconozco que puedes tener mejores chicas: guapas, bien vestidas. Entonces, ¿por qué me ibas a amar a mí? Estoy empapada y tengo seca la boca, y unos deseos enormes de fumar / dame un cigarro, ¿quieres? No prendas la lám-



para, se quedaron en mi bolso: / te adivino en la oscuridad, tienes el pelo revuelto y pareces contrariado. Tomas dos cigarros y me das uno. Cuando lo hicimos por primera vez yo experimenté una sensación nueva. No sé cómo explicártelo, fue como si un desfallecimiento me recorriera toda. No pude dormir el resto de la noche, pensando, tratando de recordar si antes había tenido una sensación como ésa. Al día siguiente no pude trabajar bien; lo que vale es que el arquitecto es muy amable conmigo y me dijo que podía irme a casa. Cuando me hablas por teléfono corro a contestar y me siento feliz de que me llames / hola monstruo, ¿cómo estás? / sígueme muchachito, ¡me chocas! / y siento quererte mucho: te adivino en la oscuridad, tienes el pelo revuelto, tomas dos cigarros y me das uno; pareces contrariado. Si de veras la quieres anda a buscarla, está a cien kilómetros de distancia, a una hora de ti. No has podido olvidar las noches pasadas con ella jugando boliche en "casa blanca", las tardes en la "vaca negra". La recuerdas de pantalones y suéter, caminando con los patines sobre el hombre, rumbo a la pista olímpica de hielo. Con la nariz chata en el cristal de una cabina del mercado de discos, mientras oyen a los swingle singers. O en la calle de ham-

burgo, cuando el aparador de la zapatería te devuelve la figura de Marga / están preciosos y son dior, pero quién sabe si me quedan, tengo las patas tan flacas: / y la recuerdas de gafas charada, seleccionando el menú en el vegetariano de madero. Corre donde ella, dile que yo no significué nada; que soy sentimental, tonta, corriente. Que en el amor me puse a luchar con un fantasma. Eres un niño: te da miedo independizarte, enfrentarte al mundo, hacerte hombre. No todo es comprar discos y libros, usar lavandas y sacos sport. Vas a buscarla porque en el amor tú sigues la psicología del delincuente: vuelves siempre al objeto amoroso, al lugar del crimen. Veo tu figura desgarrada. Estás contrariado y no quiero verte al rostro, por eso te digo que mis cigarros están en el bolso, que no enciendas la luz. Vuelves donde estoy y me das uno: enciendes el tuyo y fumas, y recuerdas mis labios, sus labios pegados a tu piel, sus piernas largas aprisionándote la cintura como tentáculos, sus manos buscándote espinillas en la espalda. Su cuello largo también y la parábola que describe cuando Silvia te muerde los hombros. Recuerdas su desesperación al hacer el amor, sus gemidos; su silencio cuando el orgasmo les cae como lava. La recuerdas: Silvia abre la portezuela y se baja del auto. Corre hacia la cabaña y te grita que la alcances. Y recuerdas cómo su carne se va aflojando para recibirte

esa noche llueve y con el ópel no puedes ir más adentro. Lo estacionas y corres fuerte, hasta alcanzar el vano del portón y pegarte materialmente a la madera. Dejas caer varias veces el aldabón y nadie abre. La calle está oscura y el frío arrecia. La lluvia sigue cayendo torrencialmente. Adentro se oye el ladrido de los perros. Insistes y como nadie abre, empujas el portón. Entrás y atraviesas el patio que te ilumina algún relámpago. Sus perros, pastor alemán, te reciben y te lamen. Después de todo ese tiempo sin estar ahí, es como si hubieras regresado a un escondite de infancia, por la manera como te va haciendo recordarlo todo: parece que la casa no hubiera sido abierta en mucho tiempo; está como la viste la última vez. En esa penumbra sólo se escuchan los ruidos de las goteras sobre las baldosas. Marga sale a ver quién es, quién eres y te sonrío con la sonrisa que le conoces: sin separar los labios, a la anouk aimeé. Su palidez se acentúa por la ropa negra que viste. Abre los brazos y corre a tu encuentro: ¡Ulises!, la tela que tejí durante tu ausencia la están vendiendo los árabes en la lagunilla. Eres cruel batracio, llegas tarde. Dime, sí Penélope; no me digas: sí, Pene. La abrazas y le dices te extrañé mucho. Se separan y caminan por el corredor de soleras rojas que conduce a la sala. Al fondo, la chimenea se incendia y aborta un calorcillo que adormece. Marga se ve demacrada, pálida, enfermiza. Te dice que escuches esa versión de guitarra sobre el "platero y yo" de Juan Ramón. Toma las tenazas y arroja un leño sobre la boca de la chimenea: se las pides y le dices que ése es trabajo que tú hacías. Por el crepitar de los leños y el frío de la noche, te parece más lánguido el rasgueo de la guitarra en la improvisación del tema. Afuera la lluvia termina y las goteras siguen soltando sus hilos sobre las baldosas. Tú piensas en las tardes que pasaron escuchando melodías napolitanas cerca de la chimenea, tonadas lánguidas y perezosas, de diapazón como mani bucate y come satsera mai. Marga parece estar dentro de una pecera, de un cubo de cristal esmerilado; aislada, lejos de tu alcance cuando le dices por qué volviste, cuando le pides que no te deje nunca: tú puedes ser feliz con cualquiera, Marga, pero yo no; yo sólo puedo tenerte a ti. Si esto no es amor, dime qué es entonces: estabas y me entraban unos deseos irreprimibles de que te largaras; te ibas y me entraba una sensación muy grande de desamparo. Se me hacía insostenible la idea de que cuando te veía me faltaba algo, de que algo

se había quedado a medias y no se había logrado. Y en casa me dedicaba a acariciar cosas tuyas, mintiéndome que no te había perdido, que estabas presente; que aún te poseía. Todo este tiempo me ha dolido por perdido. Marga. Por lo que pudimos haber hecho y no logramos

el frío de la noche te saca de tu desesperación y a Marga de su recipiente de cristal. Se quita los botines y pone los pies cerca del fuego; te mira: ¿qué quieres?, ¿que te diga que sí y me llene de niños? ¿Que nos casemos y me pongas mi casa grandotota y mi troje llena de maíz; mi fuente en el centro y mis jaulas con gorriones? ¡Y cuando camine hacia ti me dices no te oigo carlota de Bélgica trais tennis. Me tomas en brazos: la mujer que yo perdí / final, y al otro día de nuestra boda te pones en la frente el himen destrozado! Cuando tenga mi primer hijo me estoy en cama cuarenta días, después me baño con agua de romero y me voy a darle gracias a la virgen; y si sale malo lo regreso por donde vino. ¿Ui?, ¡pues nu! Una tarde me dices flor de mayo tu madre se cayó en el jagüey y el día de mi santo me regalas una pomada para los jiotos. ¡Ay no manelic!, no vuelvas al dauntaun; regrésate a tus montañas, no te convengo, soy una perdida. ¿Es que no sabías que fui deshonrada con un supositorio? Lo sé: nunca seré una lady; pero si como dijo crista mi virginidad no es de este mundo, ¿qué hago eh?, si cuando nació la ciudad ya era un burdel. Enciende un cigarro y lo juega entre sus dedos. Se sienta en el tapete burdo de colores chillantes. Ves un fragmento de sus piernas y que su trenza, rojiza desde donde la ves, le cae sobre el pecho

el silencio principia a tejer su tela cuando las goteras ceden y de la madera de los muebles se desprende un aroma a duraznos. No sienten cuando el frío se vuelve insoportable ni escuchan los relojes en su actitud de medir las horas. Tampoco saben cuánto tiempo transcurre, hasta q'el silencio se revienta por lo más delgado: del corredor les llegan los ladridos de los perros, de la consola los acordes del saxo de stan gets. Marga sonríe y se lleva una mano a la boca para no bostezar: ¿qué haremos para no aburrirnos, eh feto? ¿Sabes lo que me dijo fred?, que estoy podrida porque me pasé de buena. ¡Ay! si la coaticue no era tan loca, no sé por qué salimos sus hijas. Llega un momento en el que sólo deseas que se calle, prefieres volver al principio, al rito del amor: empezar, recomenzar. Volver a las mismas miradas, pronunciar las palabras ya dichas, todo, a que te trate como si fueras un monigote de felpa

es de madrugada cuando sales de su casa. Sus perros ladran de frío y las higueras se han rasgado de los tallos por el peso de la nieve. Caminas despacio, sometiéndote a un invierno diferente. La ciudad, a esa hora y cubierta de nieve no sabes qué te inspira: soledad, lejanía, tristeza, hastío, un volver a la infancia. Así, insurgentes se ve interminable. Como dejaste el ópel muy atrás caminas resbalándote con la nieve acumulada en las aceras. La ciudad aún no suelta sus tentáculos y el ruido permanece amorozado. Sabes que Marga sigue dormida junto a la chimenea, que sus perros tiritan de frío y quieren soltarse. Dejó descolgado el teléfono y te pidió que no vuelvas, que la olvides. Piensas que como Silvia, tú también llegaste mutilado, indefenso, famélico y tarde al amor. Te subes al ópel y manejas despacio, lo que te permite la nieve, mientras buscas la cinta que te gusta: meditacióntenecesitoyahoraqué con el órgano de Juan Torres. Y recuerdas a Silvia acariciándote la mano con la que haces los cambios de velocidades, mientras el ópel trepaba por la carretera curvada y pendiente rumbo a la villa de palafitos, rumbo a la cabaña donde hacían el amor...